

Belleza y corporeidad humana: la llamada de la luz de la persona a la virtud

artículo

Javier Barraca

«(...) A aquello por lo que ese cuerpo es auténticamente humano, y por tanto a lo que determina al hombre como persona, es decir, como ser que es también “semejante” a Dios en toda su corporeidad»¹.

En la raíz de la reflexión estética y bioética: nuestro propio cuerpo y su originalidad

Mi cuerpo constituye, en su sentido primigenio, una realidad única e intransferible, irrepetible o genuina. De este modo, lo vivo o experimento en cuanto a su raíz o fundamento de una forma profundamente «personal». Así lo enseñó Karol Wojtyła, quien además alcanzó a testimoniar el encuentro entre bioética y Arte o estética de una manera a todas luces magistral². Esta unicidad e irrepetibilidad, presente en mi cuerpo, manifiesta toda la fuerza e intensidad de mi ser «original» y distinto, todo el vigor de lo absolutamente singular. Ello, debido a que esta marca a fuego de lo único se devela, se hace patente y presente a través de lo corpóreo personal, tanto en mí mismo como en el otro. Por esto, homogeneizar reductoramente lo corpóreo de los humanos, vivir nuestra dimensión corporal como algo anónimo e impersonal, actuar como si existiera desgajado de un rostro, de una persona, supone violencia. Esta violencia llega en ocasiones a su máxima expresión, en la forma de la aberración:

«(...) llegó la noticia secreta de que iban a aniquilar a las “conejas de Indias”: a noso-

tras, las chicas con números del séptimo de millar, que fuimos utilizadas para operaciones quirúrgicas experimentales (...)»³.

La originalidad radical de la dimensión corpórea de todos los seres humanos representa un dato siempre admirable, asombroso, que conecta genuinamente con lo estético y lo artístico, gracias a esta clave precisa, y tan profunda a la vez, de la creatividad. Así, no hay belleza más honda en nosotros mismos, o que se encuentre presente en nuestra corporeidad, que aquella que conecta con nuestra originalidad o unicidad de ser personas. Esto se sitúa, de algún modo, más allá de la categoría de nuestra mera belleza sensible, y debe ayudarnos a captar el eco o la llamada en nuestro aspecto corpóreo de una estética verdaderamente trascendental, no en el sentido kantiano o formalista, sino con el alcance netamente metafísico de los trascendentales del ser de la filosofía perenne o más recientemente de la meditación de Balthasar en torno a ello⁴. Por otro lado, sin duda, la originalidad-creatividad de nuestro aspecto corpóreo procede de nuestro integral ser de personas, y en último extremo refiere siempre de algún misterioso modo al Creador con mayúscula, al artista supremo por antonomasia. La «imagen» de esta creatividad superior y sublime que presentamos no prescinde, por tanto, de nuestro aspecto corpóreo, no se recluye o aísla solitaria en el interior de nuestro espíritu, sino que se transparenta o hace manifiesta en la peculiar unidad de nuestra persona.

Todo lo precedente lo encarna el cuerpo mucho antes que constituir un simple ob-



Profesor Titular de Filosofía en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, España

jeto en torno al cual podamos desarrollar una reflexión abstracta, más o menos profunda y bellamente decorada con erudición, ejemplos, metáforas o hermosos símbolos del lenguaje, la teología, la filosofía o el Arte, como por ejemplo cualquiera de las reflexiones que podamos engendrar aquí, en estas mismas líneas nuestras. Porque con el cuerpo y, así, con mi cuerpo, me encuentro ante una realidad que me concierne, que me interpela directamente: que me mira sin rubor a los ojos, por decirlo de algún modo, frente a frente, sin intermediarios. Por eso, cualquier meditación acertada en torno al cuerpo va a reclamarme partir de esta evidencia, a fin de abrirme desde ella a una reflexión no tanto florida, honda o erudita sino verdaderamente «personal», propia, como mi cuerpo mismo o el de los otros. No nos dejemos engañar o distraer ni un instante a este respecto, por el brillo de los ejemplos, las ideas o incluso los autores, ni siquiera por nuestras propias elucubraciones abstractas, más o menos alambicadas. Pues, antes de nada, reflexionar sobre el cuerpo requiere la luz de mi propia y personal originalidad, la de mi singular vida en relación con la de los otros.

Vivir lo corpóreo con un nombre propio se sitúa, así, en el origen de mi pensar con autenticidad sobre ello, o sobre cualquier otra realidad ligada a la corporalidad humana. Al mismo tiempo, pensar en torno a mi dimensión corpórea y la de los otros supone un hecho vital, a la hora de enriquecer mi particular vivencia de lo corpóreo, una forma de hacer fecunda mi existencia integral. Esta es la enseñanza fundamental de Wanda Poltaska, la conocida discípula de Wojtyła, cuya impresionante obra *—Diario de una amistad⁵—* constituye, a mi juicio, uno de los más impactantes tratados gestados desde la experiencia del cuerpo humano probablemente de los últimos años. Se trata de una simbiosis, original y personal, que revela cómo toda teología y filosofía del cuerpo verdaderamente fecundas han de encarnarse, convertirse en historia viva de la persona para ser tales.

Del cuerpo a la corporeidad, a la luz de la persona

Lo que se acaba de afirmar, acerca del cuerpo humano, y por tanto acerca de nuestros cuerpos, debe entenderse en el sentido de que estos suponen una «vivencia» intransferible, un dato nuclear y propio que nos acompaña como sujetos. De hecho, no puedo no vivir mi cuerpo y su referencia implícita a mí mismo. Más tarde o más temprano, más o menos intensamente, de un modo consciente o no, pero —al cabo— siempre, mi cuerpo me recuerda que está aquí, o —mejor— me confirma que yo soy o existo corporalmente (y, también, los cuerpos de los otros hacen lo mismo con respecto a ellos, y además unos y otros cuerpos cooperan a la constatación recíproca de nuestra mutua naturaleza e identidad). Por eso, quizás, debería decirse acerca del cuerpo algo aún mucho más radical, como por ejemplo el que: mi cuerpo es una dimensión de mi propia e inconfundible forma de vivir cuanto experimento en este mundo; o, incluso, aún más: mi vivir de persona este mundo nuestro es un vivir también en lo corpóreo. Así, hasta la constatación probablemente más genuina: mi persona, yo mismo, en suma, vivo espiritual pero también corpóreamente aquello que vivo, con todo lo que esto implica. Mas esta última evidencia no debe escandalizar o inquietar a nadie por su supuesta novedad o por su radicalidad, pues la recoge ya, como sabemos, lo mejor de la sabiduría antropológica de todo los tiempos, y puede rastrearse en el propio santo Tomás en su aquilatada teoría del conocer humano, sin incurrir por ello en ningún empirismo, materialismo, ni fenomenismo reductores⁶.

¿El lenguaje del cuerpo humano, o la llamada de lo único en nuestra dimensión corporal?

Con frecuencia, se habla hoy de «el lenguaje del cuerpo humano». Pues bien, más allá de las diversas interpretaciones concretas que unos y otros conceden a esta expresión, este asunto constituye un tema probablemente

universal. En todas las épocas y lugares históricos, se ha pensado, hablado y escrito acerca de esta cuestión. Por ejemplo, S.S. Benedicto XVI se ha referido a ello en diversas ocasiones con un alcance específicamente cristiano, y ha señalado que se debe pasar de un lenguaje del cuerpo a un lenguaje del amor⁷. Ahora bien, qué se quiere indicar cuando se habla de ese supuesto lenguaje del cuerpo.

Para resumirlo, podríamos advertir sencillamente que el cuerpo humano «habla», comunica, trasmite un mensaje, significa, manifiesta. Pensemos, a este propósito, en la paradigmática expresividad de las manos humanas o de nuestros gestos, o en la de esa maravilla que supone la sonrisa característicamente humana, o desde luego en la sin par potencia comunicativa de la voz, o en la profundidad de nuestra mirada... Así, hasta llegar a esa verdadera cima de lo comunicativo que hallamos resumida o concentrada en el desnudo rostro de la persona.

Ahora bien, ¿es este lenguaje aquel que denominamos «el lenguaje del cuerpo»? O, para formular nuestra inquietud de otra manera, ¿es sólo del cuerpo este manantial casi infinito de comunicación?

Evidentemente, no. El lenguaje al que nos referimos habitualmente con esta expresión, el lenguaje del cuerpo, el lenguaje que se manifiesta en nuestro aspecto corpóreo, en nuestra dimensión física, no es sólo del cuerpo, o de lo físico y material. Se trata, más bien, del lenguaje de la persona. Esto, porque es la persona la que se manifiesta y expresa a través de esa condición corporal, que nos acompaña a los humanos. No hay cuerpo humano sin persona, se repite; pues bien, esto implica que el lenguaje que habla nuestro cuerpo es, al cabo, el lenguaje de la persona, el lenguaje de nuestra propia persona, el de cada una de las personas –concretas y únicas– cuyo ser irreplicable presenta esta dimensión maravillosa de lo corpóreo. Así, aunque a veces podamos concentrarnos o limitarnos aparentemente tan solo a los aspectos

más ligados a lo material, que traducen nuestra comunicación, cuando los seres humanos se manifiestan, cuando nos manifestamos, lo que se hace presente, de uno u otro modo, de una forma más o menos adecuada, no es sino el lenguaje de la persona entera, el lenguaje total del sujeto, el de nuestro ser verdaderamente distinto en su integridad.

Esto no puede resultar de otro modo, porque –en definitiva– el cuerpo, nuestro cuerpo, no constituye una realidad separada del conjunto o todo de nuestra vida o nuestro ser. El cuerpo humano vivo no está nunca solo, en este sentido; siempre se encuentra ligado al espíritu o principio inmaterial que lo vivifica. De esta forma, no deberíamos referirnos tanto al cuerpo como realidad separada en lo humano, sino a esa

unidad que conforman el cuerpo y el alma o espíritu humanos (el cuerpo y alma «unos», en la célebre expresión antropológica). Para aludir a esto, quizás deba

La persona humana se manifiesta y expresa a través de la dimensión corporal

preferirse por tanto la terminología de «la dimensión corpórea», el aspecto o lado corpóreo, nuestra corporeidad, etc.; frente al término solo y aislado de «cuerpo». Esta es nuestra preferencia, desde luego, sin que ello implique en manera alguna el que pretendamos sostener aquí la confusión de ambas dimensiones de lo humano, o el que neguemos el que se trata de dos principios efectivamente distintos, como enseña la filosofía perenne. De aquí, el que reivindicamos la ya tradicional definición del cuerpo y del alma humanos como los dos «co-principios» de nuestro ser unitario y total, de acuerdo con la metafísica clásica⁸.

Nuestro cuerpo, por tanto, dice siempre relación a nuestro ser completo. Está hecho, creado, como todo lo humano y lo divino «misteriosamente», con el sabor de lo sagrado, para nuestro espíritu. Y, a la recíproca, este espíritu nuestro ha sido creado para nuestro cuerpo, se halla ordenado constitutivamente a él. De modo que ambos, cuerpo y espíritu –aún siendo realidades distintas–,

se reclaman y apelan recíproca e intimísimamente. Por esto mismo, el cuerpo humano no es una cosa, pues no constituye el aspecto físico o corpóreo de una cosa, no es la dimensión física de un objeto, que pueda verse tratado como algo impersonal. Se trata de una realidad mucho más honda, dotada de un valor incomparable, pues ante ella nos encontramos con la dimensión corporal de un ser en quien brilla la luz de lo único, de lo incomparable, en definitiva la luz inmarcesible de la persona. Ese ser suyo en relación a un alma, esa honda vocación de unión con lo espiritual que le es intrínseca, para conformar la unidad que es la persona, convierten a nuestro cuerpo, a nuestra dimensión corporal, en una realidad profunda e inevitablemente personal.

Con este hecho, que se acaba de glosar, conectan las definiciones que de nuestro cuerpo se vienen dando, y que buscan expresar esta necesidad de comprenderlo y de vivirlo de una forma integradora, siempre en armonía con la unidad total de nuestra persona. Así, S.S. Benedicto XVI ha hablado del cuerpo como de «el lugar donde habita nuestro espíritu». Otros –como, en España, López Quintás⁹– han afirmado que nuestro cuerpo es «el ámbito» en el que nos relacionamos con los otros, y por nuestra parte añadiríamos que esto aún con nosotros mismos, pues ciertamente nuestro cuerpo nos abre al conocer y convivir con el prójimo pero también con nuestra propia y peculiar identidad. No tenemos un cuerpo, como el que posee una cosa, sino que somos de algún modo nuestro cuerpo, se dice, aunque no seamos sólo corpóreos. Finalmente, y ya según nuestras propias preferencias, cabría definir también nuestro cuerpo o dimensión corpórea asimismo como «ese original y personal lugar en donde resuena para los humanos la llamada o vocación del Amor»¹⁰.

De lo que enseña nuestro cuerpo, a la humildad como vocación

Se dice que podemos aprender gracias a nuestro cuerpo. Ahora bien, lo que a través

de nuestro cuerpo aprendemos, tal vez, quepa sintetizarlo con un término: «humildad». La humildad, aquí, se invoca no sólo como «actitud» capital o referencia clave a la hora de vivir nuestra dimensión corpórea sino en cuanto constituye el indisoluble «fundamento» de cualquier vivir humano con fecundidad nuestra vocación personal al Amor. A este respecto, volvemos a hacer una llamada en relación con la necesidad de partir de nuestra propia experiencia personal de lo corpóreo, y esta llamada la formulamos a modo de pregunta interrogando: «¿No representa nuestro cuerpo una magnífica escuela de humildad, tan próxima y cotidiana como nuestro mismo ser, para todos y cada uno de nosotros?»

Desde luego, lo es para cualquiera que se esfuerce por vivirlo con fecundidad, en el sentido estrictamente «personal» –de creatividad humana integral– de esta expresión. Cada día, en efecto, constatamos desde nuestra corporeidad lo hondo de esa fragilidad también nuestra, con respecto a la vocación personal e irrenunciable al Amor que nos ha sido y todavía nos es realizada. Mas, a la par, humildad aquí no significa tan sólo cierta fragilidad, sino al tiempo la maravillosa y a menudo desconcertante experiencia de la gracia, real y actuante, que nos eleva transfigurando en belleza moral y personal nuestro tambaleante caminar. Este es, al menos, el singular testimonio vital de Wanda, quien desde una experiencia profundamente traumatizante de la corporeidad humana, provocada por el campo de exterminio nazi, llega a reconciliarse plena y hondamente con el cuerpo, y con su cuerpo, gracias a la amistad y la diestra guía del Hermano, su consejero espiritual:

«(...) en aquella época, cogí tal repugnancia hacia el cuerpo humano, hacia cualquier cuerpo humano (...)»¹¹.

No puede, entonces, ser otra que la humildad, la raíz de este fecundo aprender desde nuestro cuerpo. Esto, a causa de que la humildad constituye en realidad la ventana indispensable hacia cualquier aprendizaje. Wojtyła afirmaba, en este sentido: «La puerta de la humildad conduce al misterio del

don»¹². Y ciertamente no cabe duda que el cuerpo, nuestro cuerpo, constituye uno de los más grandes dones que se nos ha otorgado. Por tanto, sólo desde la humildad comenzamos a vivir como lo que realmente es —un don inmenso— nuestro propio cuerpo, sólo en la humildad captamos, experimentamos el regalo inconmensurable que este representa. Así, es desde nuestra dimensión corpórea, que manifiesta nuestro espíritu, desde donde nos abrimos en la forma de la gratitud, también al don de Dios que supone nuestra corporeidad, y con ella nuestra entera persona, nuestro ser integral, aquel que constituimos nosotros mismos. Esto, llega en la experiencia cristiana hasta el paroxismo o la cumbre de toda llamada al agradecimiento, cuando consideramos que el propio Dios se ha hecho carne,

se ha revestido de cuerpo, a fin de rescatar el nuestro, de rescatarnos a nosotros mismos en persona.

Por otro lado, captamos también nuestra agraz

limitación en cuanto corpóreos. Así, la dura llave del sufrimiento, vivido asimismo en nuestra corporeidad cada día, de uno u otro modo, nos procura una permanente lección de humildad personal, si queremos atenderla. Aunque la paradoja aquí nunca nos abandona del todo; de modo que, a la vez y de una forma inseparable, se nos presenta, precisamente en el mismo temblor del sufrir humano, el prodigio inaudito de la belleza de la persona, belleza que no sólo este sufrir no logra ocultar sino que siempre de alguna manera conmovedoramente transparente. La que sufre desde lo corpóreo, la que se ve desgarrada y rota es, en efecto, asimismo la persona, la hermosa, la misteriosa, la honda realidad que comportamos cada uno de nosotros. De manera que no hay ya propiamente —tal como anunciábamos— un lenguaje del cuerpo que goza o se duele, sino un lenguaje del hombre doliente o gozoso («fruyente»), que transparenta por y en lo corpóreo del hombre entero la belleza inquietante de su persona.

*Carol Wojtyla afirmaba:
“La puerta de la humildad
conduce al misterio del
don”*

Debido a todo esto, tal vez no debamos afirmar —como tantas veces se hace— tan solo que, en definitiva, si los humanos queremos amar verdaderamente, hay que «amar con o en nuestro cuerpo», o que simplemente tenemos que acertar a ver o reconocer en él siempre a la persona. Acaso, necesitamos dar el paso hasta aceptar que hay que «amar el cuerpo», propio y ajeno, sin idolatrarlo; que hay que amar nuestra dimensión corpórea, por cuanto remite a nuestro ser entero. En esto, puede invocarse el eminente magisterio de la sensibilidad artística, y en concreto el del Arte desarrollado por la Iglesia, en relación con su decidido tributo y representación de la figura y el cuerpo humanos, según testimonian genialmente obras tan célebres como las pinturas de Miguel Angel en la propia Capilla Sixtina, etc.

Lo anterior quizás quepa afirmar, asimismo, en su sentido más propiamente «espiritual o contemplativo», si se quiere expresar así.

Es decir, en cuanto debemos saber «contemplar» lo corpóreo, contemplarlo en uno mismo y en el otro, estimándolo en su verdad de amor y así de don. Hay que aprender a vivir lo corpóreo «con sabiduría», a deleitarse en la visión y vivencia de lo mismo desde la gratitud debida al donante último de aquello, que es Dios mismo. Sólo viviendo contemplativamente su cuerpo, en este sentido, alcanza el hombre a sustraerlo de nuestra tentación sempiterna a reducirlo hasta su cosificación, su despersonalización, su violación, amenaza también presente y hasta incoada desde la misma mirada. De nuevo, un testimonio elocuente de esta forma de violencia volvemos a encontrarlo en la experiencia de Wanda:

«Nunca podré olvidar las burlas y miradas hostiles de aquellos hombres, que con sus látigos se colocaban delante de mujeres desnudas y con las piernas abiertas, con sus botas de caña alta brillantes, contemplaban con absoluto cinismo realidades humanas normales, pero que, en ese escenario, resul-

taban de lo más inhumano. Las letrinas comunes obligaban a muchas mujeres –no ellas, sino el cuerpo y sus procesos– a realizar en público funciones tan íntimas que todo se rebelaba dentro de nosotras. Pero la fisiología del cuerpo también es despiadada. Es difícil imaginar esta violación del pudor humano que allí cometían aquellas personas, es absolutamente imposible imaginársela»¹³.

Contemplar lo corpóreo humano, captar la belleza inmensa de la persona y de Dios que en él se transfiguran, es en cierto modo un paso indispensable hacia la reverencia que reclama el trato con todo ello. Por esto, aislar el cuerpo humano de su relación o vínculo originarios, de su «ligazón» con Dios, privarlo de su sentido sagrado o religioso, constituye una desvalorización de su ser, un desprecio de su infinito alcance. Quienes idolatran el cuerpo, en el fondo no hacen sino rebajarlo, abajarlo de su lugar más alto, minusvalorar sus inefables posibilidades de belleza y verdad, desoír la vocación excelsa del Infinito que en él resuena. En resumen, para aprender en plenitud la humildad de nuestro cuerpo tenemos que ser realistas, captar su verdad y su alto valor que dicen relación a lo trascendente. Tenemos que acertar a vivir nuestro cuerpo de la mano de Dios, desde nuestra amistad con Él, y hacer esto además «en familia», en nuestras familias, contexto natural más próximo y real para la manifestación de ese Amor, y encardinar nuestras familias a su vez en esa otra familia o cálido seno de la Iglesia. Se hace preciso, así, vivir en familia nuestra corporeidad, vivirla y admirarla «en y desde la Iglesia», contemplarla desde dentro de ese corazón en comunión, a la luz de ese hogar sin fronteras que derrama su bendición sobre la tierra.

Lo que nuestro cuerpo aprende: obediencia al amor

Seguramente, tanto o más que lo que nuestro cuerpo puede enseñarnos, importa aquello que él debe a su vez aprender. Nuestra dimensión corpórea está llamada, también, a

aprender cuanto quepa enseñársele; y, sin duda, esto podrá hacerlo en la medida en que alcancemos a vivir con humildad. Pero ¿sabemos educar a nuestro cuerpo?, ¿le ayudamos a vivir con humildad verdadera y modestia, a ser profundamente humilde?

He aquí de nuevo en la humildad, lo primero que nuestro cuerpo ha de aprender de nuestro espíritu; aunque ello exige, como es obvio, antes un espíritu humilde él mismo. Los chinos poseen un conocido y antiguo aforismo sobre esto: «Nada sienta mejor al cuerpo como el crecimiento del espíritu». En *Diario de una amistad*, Wanda expone justamente el decisivo valor de esta labor personal en relación con nuestro cuerpo; allí, escribe:

«El ser humano tiene, respecto a su cuerpo, una tarea: tiene que enseñarle a ser un cuerpo santo. El cuerpo es obediente»¹⁴.

Ella explica que, de este aprendizaje del cuerpo, sabe cualquiera que haya practicado algún deporte; y añade que el cuerpo puede llegar a hacer cosas que verdaderamente parecen imposibles. Aquí, cabe mencionar realidades tan hondas como el pudor, la castidad, la pureza... Con todo ello, conecta parte del título de estas mismas páginas – «(...) una llamada (...) a la virtud»–, vinculadas al célebre tema del autodomínio o gobierno del cuerpo. Porque ciertamente existe una preeminencia de lo espiritual sobre lo material, del alma sobre el cuerpo, en un determinado sentido, que conviene quizás restaurar hoy. Esto, sin incurrir en falsos antagonismos o contraposiciones dualistas, sino aprendiendo a valorar el tenor peculiar de lo espiritual en esta relación, llamada siempre a la unidad. Unidad como orientación clave, aquí, desde luego, pues es toda nuestra naturaleza, todo nuestro ser corpóreo–espiritual quienes implican un dinamismo, una vida o un ser que debemos humildemente escuchar y respetar.

La belleza viva del cuerpo humano

Aun cuando existen muy diferentes tipos de cuerpos en el mundo, en esta reflexión, tal

como se ha venido mostrando, nos ocupamos tan sólo del cuerpo humano, y además de este en cuanto es habitado por la belleza, en concreto por la belleza inefable de la persona. Se trata, dicho de otro modo, de la belleza personal encarnada, o mejor de la belleza de lo personal hecha carne.

A este respecto, ha de advertirse un aspecto esencial de todo cuerpo mundano, en el sentido de todo cuerpo del mundo, y esto consiste en que se trata de un cuerpo en el tiempo y de tiempo, que vive en lo temporal y es él mismo temporal. El cuerpo y el tiempo constituyen en efecto dos realidades, en el mundo, profundamente entrelazadas. Esto implica un hecho verdaderamente esencial, y es el de que nuestros cuerpos temporales comportan paso, finitud, movimiento, devenir... Nuestros cuerpos, como lo hace nuestra inteligencia humana (que llamamos justamente «razón» por su desplegarse en el tiempo, por su ser «discursiva»), viven el tiempo, caminan en su interior y a la vez son recorridos por el paso del tiempo, se ven labrados por las horas. Tienen, así, nuestros cuerpos memoria de lo que van viviendo, pero también vibran con la actualidad cristalizadora del instante, y además están tensados por dentro hacia el futuro, se proyectan y anticipan lo porvenir. Todo esto hace que sea necesario vivir lo corpóreo humano con una honda virtud, o mejor desde la profundidad de la madurez en el amor que representa la aquilatada virtud. Sí, pues inevitablemente este transcurrir nuestro como crecimiento, desde la libertad, convoca «hábitos» en nosotros, costumbres personales de bien o no, que –al arraigar– engendran todo un «carácter» ético, una forma de ser moral propia, desplegada al modo de la vida. Precisamos, pues, de esa fragua lenta y progresiva de nuestro ser mejor, en el seno del tiempo; requerimos la forja personal, la encarnación pausada del valor¹⁵.

Para expresarlo de otro modo, si nuestro cuerpo no es algo distinto de nosotros, entonces, no constituye tampoco algo separado de nuestra propia historia personal, de nuestra particular aventura vital. En cierta forma,

en mi dimensión corporal, estoy yo mismo deviniendo, en el sentido de que yo mismo constituyo un relato, vivo y abierto, como enseñó entre otros Paul Ricoeur¹⁶. Hay un carácter narrativo, de relato, en lo humano, que se escribe también en mi cuerpo. He aquí, siempre, una gran fuente de belleza, la belleza de una historia original e irrepetible, que transparenta mi persona en cuanto vida; es la persona hecha historia viva, con su carga imponente de realidad estallando desde el interior del tiempo y del mundo.

Mi cuerpo constituye, entonces, una dimensión de mi ser pleno que lo arraiga, que desarrolla en él raíces, que lo vincula en el tiempo al latido sucesivo de las horas. Y es esta dimensión precisamente la que hace presente en la historia a la belleza más personal, la que permite dejar su rastro en lo finito y caduco a esa otra belleza –perenne e inmarcesible– de la persona. Mas esto lo hace sirviéndose también de los sentidos, no al margen por completo de ellos, en cuanto desde lo sensorial refulge este admirable brillo de lo único de nuestro ser que, aunque procede de otra inefable fuente, asoma al mundo a través de nuestra mirada, nuestra voz, nuestro rostro de carne¹⁷. De este «rostro» de lo singular, que aún el dorso o espalda de los alineados en una anónima fila alcanza a transparentar, nos ha hablado con enorme profundidad Lévinas.

Lo más bello del mundo, lo bello de nuestras personas, por tanto, se hace belleza perceptible aquí y ahora, en un cuando y en un donde, también gracias a nuestra dimensión corpórea. Nuestra belleza más honda se halla encarnada, en el mundo; y se torna «tangible» a la mirada propia y ajena. Valga como simple ejemplo de esto ese elocuente racimo de rostros en torno a la luminosa faz del Señor en el magnífico *Expolio* del Greco, en la catedral de Toledo.

Nuestra dimensión corpórea no revela sólo belleza, sino que transparenta todos los valores estéticos de nuestro ser, que tan hondamente pueden verse ligados a la persona. Pensemos, por ejemplo, en valores como la ya aludida originalidad o creatividad, y también en la expresividad, la gracia... Estos valores poseen

un aspecto estético, que se proyecta en y desde la persona. Así, en la figura total del hombre —que agrupa el rostro, la sonrisa, la voz incluso, y todos los elementos que se integran en ella—, en esa síntesis, siempre peculiar e irreplicable, de nuestra corporeidad que representa nuestra apostura o porte, resplandece el conjunto de los valores estéticos íntimamente vinculados. Esta unidad dice relación a esa otra inconfundible que supone la persona, de la que ya nos hemos ocupado aquí, y la manifiesta de un pujante y expresivo modo a los ojos del mundo. Nuestra figura entera hace patente, testimonia en la carne nuestro ser, que se hace presente, «acontecimiento» único e irreplicable, ante los otros y nosotros mismos. Gracias a ello, somos definidos entre el pasado y el futuro, encontramos un lugar propio, nuestro cuerpo de carne nos fija, nos sitúa como sujetos, nos convierte en historia viva.

Lo estético y lo corpóreo se alían en su solitud por lo concreto con respecto a lo humano; en lo real traen a lo único, ante nuestra mirada. Pero, a la vez, claman por la unidad que estamos glosando. Unen lo singular con lo integrador, lo particular con la armonía de lo distinto. De hecho, en la Estética, este valor de la unidad desempeña un papel sin duda central; lo estético se ha comprendido justamente en la clave de «la unidad en la diversidad». Y, así como el cuerpo dice unidad al alma, todo lo estético reivindica un orden, un compenetrarse mutuo de los diferentes. La belleza se ha definido, según esto, como «armonía», una forma de unidad espléndidamente lograda, como lo es también siempre la que constituyen el cuerpo y el espíritu humanos. Esto, hasta el extremo de que se ha considerado a la belleza como el trascendental que, precisamente, une entre sí e integra armoniosamente a los restantes —bien, verdad y ser—, un paradigma señero, en definitiva, del valor de la unidad¹⁸

Belleza del cuerpo y virtud

La singular belleza y todos los restantes valores asimismo magníficos que, también en

un sentido estético, descubrimos en la corporeidad humana, nos revelan a la persona. Mas, esto lo hacen en concreto en la sugestiva forma de una «llamada», de una vocación a la unidad y al sentido. En efecto, lo bello, lo original, lo expresivo no nos dejan indiferentes, sino que nos interpelan de un modo profundamente personal. Parece preferible, a este respecto, afirmar que en nuestro cuerpo o en el de los otros se manifiesta la belleza; antes que usar meramente la expresión de «la belleza de nuestro cuerpo», dado que —según hemos visto— esa belleza no es nunca sólo del cuerpo, sino de la persona entera, a la que indisolublemente se liga y a la que ha de ordenarse, subordinarse al cabo. Esta belleza de la persona, transparentada por el cuerpo, llama, invoca, reclama, apela, excita nuestra atención y nuestro asombro ante la maravilla de la persona. He aquí, al menos, su más auténtico y hondo sentido: la belleza corpórea anuncia a la persona. Al hacerlo, seguramente despierta también nuestro deseo, los deseos de los humanos; pero, ante todo, esta belleza está hecha para suscitar el anhelo profundo de la unión con la persona, una unión esencialmente personal, de amor¹⁹. No se trata, como es lógico, aquí, sólo ni necesariamente de la unión física, la de los cuerpos, sino de la unidad de las personas, la de su comunión. Desde luego, por esto mismo, en su sentido fundamental y más excelso, este reclamo lo es a la unión de lo más hondo de la persona, la de los propios corazones, la de nuestro interior.

He aquí, por tanto, un deseo o «eros» alzado desde y en lo corpóreo del hombre; pero un deseo que supone el anhelo más profundo del amor, del «agapé»²⁰. «Eros», en suma, para o hacia «agapé». Vivirlo así, de acuerdo con la verdad de nuestro ser personal, sin duda, reclamará en nosotros los humanos virtud, el exigente cuidado o cultivo de nuestro ser mejor. Sí, porque esta llamada o vocación al amor personal, que resuena en lo corpóreo humano, con frecuencia resulta desoída, desatendida; de manera que dejamos extraviar su eco, obnubilados por el mero destello de lo material que la ha traído potente hasta

nosotros. Es una llamada de y hacia la integridad de la persona humana, a nuestra realidad total corpóreo-espiritual. Ello, aunque el otro o yo mismo podamos sucumbir a la tentación de bajarla hasta el ras del suelo, situarla en la pura inmediatez, desgajándola así de la historia viva que en cuanto personal ella siempre comporta, de una manera violentamente reductora.

Esta apelación de la belleza de la persona a la comunión no se limita sólo a «lo visible»; no presenta un testimonio que se quede detenido e inmóvil, ante la puerta de los ojos; no acampa, solitaria, en lo exterior. Al contrario, en ella late el eco inconfundible del Infinito, sobre su piel resplandece la huella del Invisible, del Absoluto (tal como nos dice Lévinas). Él mismo se hace presente, de algún modo, a través de lo finito, en esta voz singular o en este rostro desnudo, personales, que se manifiestan también desde lo corpóreo. En ella, late un eco del Inefable, una huella del Invisible (E. Lévinas)²¹.

El Infinito se hace presente en esta llamada que, desde el rostro del hombre, resuena en un momento concreto del tiempo, en un «ahora» que de algún modo evoca al Eterno. Nuestro cuerpo es un río vivo, no un objeto inerte e inmóvil, sino un curso, una senda, una continua sucesión de pasos hacia el Amor absoluto, hacia el seno del Amante supremo. En este sentido, concretamente en la vida cristiana, experimentamos cómo Cristo obra el milagro de esa Belleza con mayúscula, que se manifiesta aquí y ahora, que se hace Verbo o Palabra encarnada en nuestro mundo, viviendo palpablemente entre nosotros, aunque a la par en determinado sentido suavemente velada.

Toda belleza, en fin, reclama virtud, y aún más la indeleble belleza de la persona, así como aquel insondable manantial del que ella brota. Especialmente, la belleza corpórea llama solícita a participar en la hermosa «humildad»²², tal como ya hemos anticipado. Más en concreto, lo corpóreo en mí mismo y en el otro ha de despertar en nuestro in-

terior el afán de hacer vida el valor de la sencillez y de la moderación, y muy singularmente el de vivir esa preciosa joya de la libertad que se halla en «la modestia». Por esto, se ha hablado de la modestia ante el cuerpo humano y ante su querencia del vestido. Sin duda, de este noble material ético –el de la moderación y la modestia– se hace ese impagable valor del «pudor»²³. Sí, porque en su fondo el pudor no es sino el humilde y santo cuidado de lo íntimo de la persona. En las entrañas de este delicado valor, nace el excelente arte de educar nuestra mirada, la mirada que puede y debe alcanzar –sin profanarlo nunca– el interior de la persona. Por esto, su contrario, el impudor o la impudicia, supone la altanera exhibición de un tesoro que se expone pretencioso y descuidado ante el otro, y que provoca rechazo en

La vocación al amor, que resuena en el ser humano, con frecuencia resulta desoída

su ostentosa falta de recato, como cuando se nos fuerza a entrar en un lugar sagrado al que no debemos acceder.

Lo bello de los cuerpos llama, entonces, a la vir-

tud, a hacer vida en nosotros la callada, discreta modestia. Cuerpo y tiempo humanos demandan, desde su valor, respeto. Esto, porque en lo más hondo todos los seres corpóreos personales sabemos que no debemos tenernos por el solo valor que se ve, por la única realidad visible que se manifiesta como valiosa, bella u original. Asimismo, porque conocemos nuestra fragilidad, la inmensa fragilidad de nuestro valor como don a los demás, en cuanto expuesto a la libertad propia y de los otros.

¡Qué hermosa virtud esta de la modestia, que lo es ante todo lo hermoso y también así ante lo bello de la misma persona! Ella es la sublime gracia que alcanza a vivir el «esplendor» de la Verdad que se nos da en lo corpóreo. Modestia que también precisamos a la hora de posar nuestra mirada sobre el dolor y la tribulación, corpóreamente reflejados; esto, debido a que también en ellos se abre una intimidad personal que nos reclama pudor, respeto. Y qué paradójica, por otro lado, la del desfigurado, en el que cabe también

belleza, cuando transparenta el amor y la persona, esas dos cumbres de todo lo bello del mundo.

Esa luz y ese brillo del ser –presentes en lo corpóreo– piden ser vividos, en fin, desde la humildad más profunda. Esto, primero, porque nos hablan de una Belleza infinita, fuente de toda otra. Segundo, porque ella está en nosotros sin pertenecernos. Y, en último lugar, porque la sabemos expuesta y frágil en nosotros. En medio de esta luz late ciertamente una voz, una llamada de la Belleza suma, una presencia del Eterno. Nuestra espera y esperanza de esa Belleza sin límites reclama siempre, en este mundo, paciencia, y así virtud, amor hecho carne, tiempo hecho amor.

NOTE

¹ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó*, Cristiandad, Madrid 2000, 100.

² Esto ya desde su premonitoria obra *Amor y responsabilidad*, Razón y fe, Madrid 1979.

³ W. POLTASKA, *Diario de una amistad*, San Pablo, Madrid 2011, 33.

⁴ Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria: una estética teológica*, vol. I, *La percepción de la forma*, Ed. Encuentro, Madrid 1985, 226–227.

⁵ W. POLTASKA, *Diario de una amistad*, op. cit.

⁶ Recuérdese su visión acerca del modo de conocer humano, que se activa siempre según él a partir de la experiencia de lo sensorial, de forma que no hay nada que esté en nuestro pensamiento que antes no haya estado previamente en nuestros sentidos, en cuanto estos constituyen la puerta de mi conocer característicamente humano. Cf. sobre esto «El hombre

en cuerpo y alma», en: *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, VV.AA., coord. A. LOBATO, Edibesa, vol. I, 1992.

⁷ El mejor testimonio del compromiso con este peculiar esfuerzo, recientemente, puede verse en sus propias encíclicas en torno al amor; como en la primera: BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 2005; o en ID., *Caritas in veritate*, 2009.

⁸ VV.AA., «El hombre en cuerpo y alma», op. cit.

⁹ A. LÓPEZ QUINTÁS, *El encuentro y la alegría*, San Pablo, Madrid 2001.

¹⁰ Acerca de la vocación y la persona, puede verse nuestro libro: J. BARRACA, *Vocación y persona*, Unión editorial, Madrid 2003.

¹¹ Cf. W. POLTASKA, *Diario de una amistad*, op. cit., 32.

¹² *Ibidem*, 692.

¹³ *Ibidem*, 28.

¹⁴ *Ibidem*, 725.

¹⁵ Sobre esta vivencia ética del cuerpo y el amor humanos cf. A. LÓPEZ QUINTÁS, *El amor humano: su sentido y alcance*, Edibesa, Madrid 1992.

¹⁶ Cf. P. RICOEUR, *Soi-même comme un autre*, Ed. du Seuil, París 1990.

¹⁷ E. LÉVINAS, *Totalité et Infini*, Le livre de poche, París 1990.

¹⁸ A. LOBATO, *Ser y belleza*, Unión editorial, Madrid 2005.

¹⁹ Sobre el amor interpersonal y su conexión con la virtud en la reflexión moral actual remitimos, en español, al trabajo colectivo: VV.AA., *Caminar a la luz del amor*, Palabra, Madrid 2007.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, op. cit.

²¹ Cf. E. LÉVINAS, *Totalité et Infini*, op. cit.

²² Acerca de la belleza de esta virtud y de su vivencia por parte de los seres humanos, puede verse nuestro libro: J. BARRACA, *Vivir la humildad*, Ed. San Pablo, Madrid 2011.

²³ Sobre este, la castidad y en general el valor de lo corpóreo vivido desde la virtud, en su referencia a la vocación al amor y a Dios mismo, cf. las célebres y extraordinarias meditaciones de JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó*, op. cit.